

# Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes.  
Publicada por la Universidad de Concepción.

Año XI

Mayo de 1934

Núm. 107

E. R. Curtius

## La restauración de la razón

¿UE es lo que me descompone esta tarde de verano? Hay en ella cuánto pudieran exigir el corazón y los sentidos, todo lo que debiera incitarme, lo que a mí, otras veces, en parecidos días, me colmaba de un hondo sentimiento de la vida y una clara energía mental. El sol se cierne sobre el monte y el río; el aire se estremece con el perfume de las rosas; el cielo está alto y azul. Y, entonces, ¿cómo esta postración del pulso? ¿Cómo este tardo arrastrarse de las horas? ¿Hay algo corrompido en el mundo? El bochorno de los lentos instantes encharcados parece anunciar el desconcierto de los elementos y despedir un hálito de ponzoña. En horas parecidas, se abandonaban los poetas románticos a la seducción de la decadencia. Tal debieron de haber estado los astros cuando Coleridge escribió: «Dejection: an Ode»; cuando Brentano cantó: «De un corazón enfermo» y «Quiero perecer solitario».

Nosotros conocemos estas tentaciones, que rondan con

halagos nuestra carne y ejecutan, sobre las tensas cuerdas de nuestra alma, las fascinantes figuras sonoras que Chopin sorprendió en el aire.

Pero el núcleo espiritual de nuestro ser no sucumbirá a estos riesgos. No queremos perecer en soledad. Se arriesga en ello mucho; más que en el tiempo de nuestros románticos abuelos. Tales horas de gravitante y humosa tristeza estival nos descubren el abismo, pero a la vez producen en nosotros la purificación, la catarsis. Debemos aprender nuevamente el arte de gobernar nuestros estados emocionales con una voluntad espiritual. Antes se llamaba esto: dominio de los afectos por la razón.

¿No podría estar encomendada a nuestra época la tarea de reintegrar la razón en su puesto y devolverle las prerrogativas de nobleza, dignidad, autoridad y austeridad? Nuestra necesidad más urgente es recobrar esta fuerza de orden y edificación. Sólo ella puede darnos un asiento firme en la anarquía espiritual de la época y ofrecernos una lengua que sea entendida dondequiera.

Oigo mucho hablar de un retorno al clasicismo. En Francia, emite Cocteau la consigna: «retour a l'orde», y Massis quisiera salvarnos por una combinación de latinismo y tomismo. En Inglaterra, el «Monthly Criterion» labora por una restauración de la inteligencia. Pero hemos de formar un frente único europeo en el que puedan participar todos los grandes poderes de nuestra cultura. Ha de ser posible elaborar un programa

de salubricación espiritual que abarque todas las energías constructivas de Europa. ¿Por qué no tratar de hacerlo?

Construcción, y aun mejor reconstrucción: tal es en todo caso la finalidad a que deben ajustarse todos los esfuerzos. No queremos concebir nuestra época como «transición»; queremos—con clara conciencia—convertirla de «age critique» en «age organique». Poseemos demasiados juguetes, golosinas y explosivos. Nuestra actual manera de producción y consumo espirituales carece de selección y es, por tanto, signo de debilidad. Durante decenios nos hemos ejercitado en sentir todos los estímulos y ceder a todos ellos. Pero ahora debemos educarnos en lo contrario, es decir, en volver a perfeccionar la casi perdida capacidad de resistir a los estímulos, graduar las sensaciones según su valor y no derramar a borbotones nuestras energías espirituales sin sentido. Hemos de ejercer un autocontrol «también» sobre nuestra alimentación espiritual: en lo que tomamos y en lo que creemos. Con una expresión económica, diríamos: debemos racionalizar la producción. Esta comparación no es caprichosa. Los técnicos de la economía están acordes en que la crisis mundial económica sólo puede superarse regulando y condicionando la producción de bienes. El sistema del individualismo económico y de la producción ilimitada de mercancías, está condenado por la evolución. La situación espiritual ofrece una imagen que corresponde, punto por punto, a la econó-

mica. También aquí ha de ponerse dique a la producción hipertrófica y dirigir por sanos derroteros.

¡Se escribe demasiado!

¡Vosotros, críticos, debéis combatir la desmesurada vanidad del escritor! Una ley de moral pública debiera decir: el mero talento literario no habilita para escribir. La dispersión y disipación de la substancia espiritual ha alcanzado un grado que equivale a un peligro para la cultura. La sabiduría de las élites europeas debe inventar un remedio antes de que un Moloch revolucionario ponga fuego a nuestras bibliotecas, o un nuevo Atila asole nuestros campos. ¡Impedid que vuestros jóvenes y talentados amigos escriban o, por lo menos, impriman!... ¡Comprometed y dad vuestra palabra de ahogar lo mediocre e insignificante por la conjuración del silencio! Durante diez años hemos oído con simpatía todo lo que las diez últimas generaciones tuvieron que decir. Acaso sea llegada ya la hora de volver a la áspera verdad de que la juventud es sólo una promesa y, en cambio, la madurez es una realización. El concepto de generación es el último refugio de la insignificancia y de la impotencia espiritual. Cuando se carece de finalidad, de genio, de voluntad e íntima necesidad, siempre cabe invocar que se pertenece a un cierto año. De esta suerte se salva uno en el anónimo azar del calendario. Era muy natural que la juventud se revolviere mientras estaba sometida o, al menos, mientras pudo creer — ¿cuándo lo estuvo realmente? — que se encontraba oprimida. Pero esos tiempos han pasado y

es necesario, hoy, restablecer el equilibrio de las generaciones, el rango y orden natural de las edades, y la conexión de sus funciones. Es un sistema peligroso que toda una época esté dispuesta a honrar el balbuceo de la juventud como si fuése un oráculo. Ello es abdicar voluntariamente el espíritu y la virilidad. Yo espero muy poco de una joven generación que celebra este estado de relajación como si se tratase de una adquisición o ganancia. La auténtica juventud reclama de la edad madura una dirección consciente y vigorosa. Pero esta verdadera juventud está hoy suplantada por una floración agraz harto satisfecha de sí misma, y que ni siquiera advierte que también habrá de desalojar muy pronto el campo, porque los aun más jóvenes vienen ya atropellándola. Vosotros, jóvenes, que nos calentáis la cabeza con Grecia, observad que el Sócrates platónico recibía a los jóvenes con ironía, y que el profundo y sonriente sentido de su sabiduría iba guiado por un Eros que gustaba de jugar y burlarse.

También la ironía es uno de los métodos que debieran servir a purificar nuestro caos espiritual. La ironía disipa las turbias nieblas del «pathos» y de las devociones falaces. Es también un aspecto de la razón: restablece el cielo sereno del pensamiento. Y es la mejor arma contra la inmensidad de lo inconsciente y contra los hierofantes de los oscuros misterios, que analizan el alma en el sistema genital.

Todas las formas del análisis han encontrado actualmente su libertad. ¡Estudien cuanto quieran las secre-

ciones del cuerpo y del alma! ¡Hagan fermentar complejos con esquizofrenias y salpimenten las representaciones coercitivas de la locura con los mesianismos comunistas! Pero concedido todo esto, debe estar permitido también someter la psicología, la sociología, la antropología y toda clase de «logías» a la ponderación racional.

La razón ha de restablecer la jerarquía de las esferas del alma. El espíritu no es nada si no es la fuerza suprema del hombre. Únicamente cuando él domina puede afirmarse y cumplirse. Espiritualidad y aristocratismo se condicionan mutuamente. El estado anárquico de la inteligencia europea es, simplemente, la irrupción de la democracia en el imperio de lo espiritual. Nuestra situación cultural es parlamentarismo aplicado. Dos docenas o dos centenares de filosofías, de estéticas, de higienes, se combaten en la palestra de la opinión pública. El que grita más alto, es el más escuchado. Los extremistas se dan importancia y acoquinan a los partidos medios. La sesión termina en un alboroto, dejando una estela de asco e indiferencia. Entre tanto, en alguna parte remota, se está preparando el poder elemental que lo destruirá todo entre risas de mofa.

No se puede dar un paso más. ¡Comprendámonos bien! Ni podemos suprimir la democracia, ni querríamos suprimirla aún cuando estuviera en nuestras manos. La democracia es una necesidad técnica. Se perfeccionará como las locomotoras. Pero sentimos por ambas cosas un interés meramente técnico. Queremos buenas

redes ferroviarias y líneas electrificadas. Necesitamos una técnica democrática que trabaje con el rozamiento más pequeño. Pues únicamente cuando la democracia quede reducida a técnica perfecta, podrá la aristocracia espiritualizarse. El problema espiritual de la aristocracia sólo se planteará y quedará maduro para la solución cuando la democracia haya alcanzado su máximo y óptimo resultado en la esfera política y social.

Si el espíritu percibe y utiliza este momento, incluso puede llegar a ser eficaz en lo político, sencillamente por esta razón: porque es imprescindible y porque debe ser apetecido allí donde actúa con la forma más pura y la fuerza más pujante. Pero aun no podemos considerar esta perspectiva; primero tiene el espíritu que poner orden dentro de sí mismo, en su propia casa. Primero tiene que reconocer que está amenazado, o más bien (y esto es peor) infeccionado por un principio extraño a su esencia e incluso antitético: el de la democracia. Esta infección se manifiesta en el hecho de haberse borrado todas las diferencias de valor y de haberse el espíritu allanado a ello. El mal está precisamente en eso: en acceder, en dejarse hipnotizar por esta igualdad, en llegar hasta el punto de exigirla en nombre del propio espíritu. Aquí ha de intervenir la cura: una cura con bisturí y cauterio.

Hay en Europa una aristocracia espiritual, recóndita. Pero se ignora a sí misma. ¡Ojalá llegue a reconocerse y a unirse! Llegaría rápidamente a la unanimidad sobre un par de puntos especiales. Empezaría atrave-

sando la disolvente crítica de Neitzsche y la etérea serenidad de Goethe, que empezó por pertenecer al «Sturm und Drang», para terminar y perfeccionarse en la contemplación de lo eternamente valedero.

Nuestra literatura se enfanga en publicidad, nuestro saber en historismo, nuestras alegrías declinan en polvo de placer, nuestras pasiones en choques nerviosos, nuestras cuestiones vitales en discursos polémicos. Pero si nos conociésemos, formaríamos una falange que salvaría las reliquias del pasado, como Eneas a los penates de Troya, para erigirlos y honrarlos sobre un nuevo solar nimbado con el signo de la grandeza.

No busquemos más en torno a la literatura. Ni tampoco en las peculiaridades nacionales. Ni Tomás de Aquino, ni Boileau, ni Dryden, pueden darnos lo que necesitamos. La tradición libresca no nos sirve ya. Pero nosotros reunimos todas las tradiciones que viven aún en el cuerpo, en el espíritu, en la voluntad. ¿Ha de ser vano el sacrificio de tanta sangre derramada en la guerra mundial? ¿Cómo olvidar que esa sangre fué entregada en pro de nuestra madre Europa? No sería ya tiempo, tras diez años de paz enferma, de volver a la conciencia y reconocernos y unirnos en una misma obra, como los constructores de las catedrales de la Edad Media? La razón es más vieja que Descartes. Ya actuaba en los maestros arquitectos del tiempo gótico. Gracias a ella han cristalizado la materia. ¡Imprimamos su secreto canon numérico a la materia de nuestra época!

En estos decenios de la anarquía analítica hemos

aprendido mucho. Pero ¿de qué vale todo ello, si los elementos y métodos recién descubiertos no se ponen al servicio del hombre? Nuestro saber acerca del alma acusa, respecto al de La Rochefoucauld, el mismo progreso que la actual física del átomo respecto a la Cosmología de Galileo. Conocemos la fina estructura de la conciencia. Pero ¿hemos aprendido acaso, a aplicar tanto saber, a valorarlo para una forma más delicada y cuerda de humanidad, para una dirección superior de la vida, para formas más elevadas del amor y la amistad? ¿No estamos todavía dominados por reacciones hereditarias que debieran haber sido superadas y que, por tanto, resultan hoy sencillamente estúpidas, bestiales. Nosotros comprendemos procesos de la naturaleza y de la sociedad que nuestros antepasados no percibían siquiera. Pero a este aumento de la comprensión, corresponde un progreso de la mutua inteligencia? Los métodos prácticos que Europa utiliza para sus necesidades, ¿son dignos, acaso, del tipo y medida espiritual realizado en dos centenares de cabezas?

Nuestra anarquía es, en buena parte, la penitencia impuesta por nuestra apatía; nuestra democracia es la consecuencia de nuestra indiferencia; nuestro desamparo es el castigo por la rutina y el especialismo. El especialismo, no sólo en la ciencia cunde y se enseña. También infesta el arte, la literatura. En esta esfera del espíritu creador, se han avecindado muchísimos, incontables, que no hacen otra cosa que tornear aros de servilleteros, como M. Binet, el recaudador de contribu-

ciones en el pueblo de madame Bovary. Fabrican novelas provincianas o crónicas literarias o estatuas de animales; hacen odas u oratorios, sistemas o dibujos en linoleo. ¡Y quieren que se les tome en serio! Pues el artista, el pensador es, tradicionalmente, una persona respetable. Acaso anteayer fuera todavía esto verdad. Pero seguramente ya hoy no ocurre lo mismo. La mera función de crear ya no es sagrada. Únicamente lo es cuando se somete a un orden.

El especialista es indispensable. Mas, debe contentarse con una posición subalterna. Necesitamos gentes dotadas de una conciencia sintética. No me refiero a metafísicos confusos, sino a cabezas claras que posean, en algún aspecto de la actividad humana, conocimientos positivos y especiales, y con ello concilien una visión de conjunto sobre la situación o la época. Dicho de otra manera: especialistas con una actitud espiritual universalista. Pueden proceder de la política, de la finanza, de la ciencia o del arte; ellos se entenderán y sabrán hablar, por virtud del coeficiente de universalidad común a todos ellos. En manos de estos hombres está la conservación, el saneamiento y la renovación de Europa.

Asuntos como el neoclasicismo o el neotomismo, son desde este punto de vista, simplemente especialidades, obras de tornero. No tienen más que un interés particular, una importancia puramente local. Son deportes provincianos de los latinos, si es que aun hay latinos. (Tal vez «latinidad» sea sólo una bella palabra, en la que se cobijan europeos inadaptados). Pero—para de-

tenemos un instante en este ejemplo—ambas cosas, neoclasicismo y neotomismo, se hacen actuales y de valor general si se elimina su peculiar forma histórica y se deja al descubierto su núcleo esencial: organización del reino de los hombres por la razón que valora, diferencia y guía. Esta razón ha creado en el siglo XIII y en el XVII sus formas eficaces. Lo que nos importa es, no galvanizar artificialmente estas formas, sino despertar nuevamente el espíritu que las creó, y de esta suerte producir una reforma de la razón propia del siglo XX. Sólo así superaremos los radicalismos, (que, por definición, son infecundos) y alcanzaremos el fin más importante actualmente: la reconstrucción del hombre europeo.

En esta labor deben participar todos los que no quieran entregarse al americanismo ni al bolchevismo. Los artistas tendrán que colaborar como los políticos, los filósofos como los arquitectos. A decir verdad, todos habrán de convertirse en arquitectos; arquitectos menores, calculadores, ordenadores de Europa.